

CAMBIO DE GUARDIA

24/7/365 ¿Feria de vanidades?

24-7-365: *Vanity fair?*

Ricardo Juárez

Fácilmente serían las tres o las cuatro de la madrugada. Son esas horas de la guardia en las que los pacientes no urgentes han dejado de venir y lo que menos te apetece es que se abran las puertas y aparezcan los miembros de una unidad móvil. En aquella época no existían lo que hoy se conoce como servicios de emergencias, así que no me acuerdo cómo lo trajeron, pero casi con toda seguridad fue una ambulancia de la Cruz Roja. Accidente de tráfico, choque frontal, pasajero único, unos 20 años, no llevaba cinturón. Pelotazo en toda la cabeza. Lo pasamos directamente al cuarto de paradas, box vital, críticos... ¡qué demonios!, en cada sitio se le llama de una manera.

¡Qué horror! El golpe era en todo el macizo facial, pero un *scalp* en estrella dejaba al descubierto un cráneo fracturado en múltiples trozos. Parecía que a una nuez le hubiesen dado un martillazo. Respiraba con mucha dificultad y con un gran estridor. Sangraba abundantemente. Separé la mandíbula fracturada, retiré la lengua y, sin mucha dificultad, aislé la vía aérea. Glasgow de 3, pero no importa, vamos a sedarle y relajarle. Valoración primaria y secundaria, nada: está todo en la cabeza. La hemorragia era de aúpa.

Decidimos cerrar el cuero cabelludo con grapas, una, dos, tres, treinta, cuarenta, aquello no se acababa nunca. Poco a poco fue cediendo la hemorragia. Una compañera me avisó: ¡Mira! Por las fosas nasales, probablemente por un aumento de la presión intracraneal, al coser el *scalp*, drenaba una sustancia blanca, sanguinolenta: era masa encefálica. ¿Qué hacemos? Se nos ocurrió hacer un taponamiento anterior, bilateral, con gasa de borde.

No se podía hacer mucho más. Avisamos a la unidad de cuidados intensivos (UCI) y nos repartimos el trabajo. Mientras ellos lo preparaban como posible donante de órganos, nosotros buscábamos un centro receptor.

Hablé con la familia, con la madre y una hermana. Aún recuerdo sus caras. No les podía dar muchas esperanzas. Les comenté la posibilidad de que donasen los órganos. Era un chaval joven y sano. Parte de él podría vivir en otro. Intentas que sea un consuelo. Te sientes como un imbécil.

Llamamos a la empresa de transporte para que nos trajeran una UCI móvil y preparamos el traslado.

Nadie se quiso hacer cargo del paciente. Los hospitales de referencia no tenían camas. Se quedó en nuestro hospital.

Al día siguiente y ya sin sedación, al reexplorarlo, movía un brazo. Se intentó de nuevo el traslado y lo admitieron en el Hospital La Paz.

Y como en un cuento infantil, pasó el tiempo, mucho tiempo. Y un buen día, en las mismas urgencias y por la misma puerta, aparecieron tres figuras, dos de las cuales me sonaban y la otra era un chaval joven, con un caminar atáxico y un movimiento de brazos como si estuviera bailando. Se fueron acercando y a una distancia de ya pocos metros, una madre y una hija me sonrieron. El joven me miraba con cara de alelado. Igual de alelado y con los ojos desorbitados, le pregunté a la madre: ¿No me diga que es el del accidente? Pues sí, me contestó.

Me dijo que tenían un problema y que no veían mejor sitio para solucionarlo. Los cirujanos maxilofaciales lo habían operado hacía dos meses para colocarle el macizo facial. Tenía una sutura enorme que le circundaba la cara y el cuero cabelludo. El problema era que el joven se negaba a que le quitaran los puntos si no lo dormían. Debí poner cara de incrédulo, pero sin pensarlo mucho, les dije: a una cama.

Con una sedación que me costó Dios y ayuda – estaba hasta arriba de tranquilizantes– le retiré la sutura punto a punto. Después le revertí la sedación e hice pasar a la madre y a la hermana para acompañarlo, hasta que estuviese completamente despierto.

Me retiré a seguir trabajando con un regusto extraño, con sensaciones contrapuestas. Ganas de gritar de alegría por el feliz resultado y a la vez con cierto complejo por lo corto de mis conocimientos, dando gracias por el “ángel” que posado en tu hombro te aconseja seguir y también dando gracias a Dios por haber puesto su mano sobre esa familia. Todos sabéis a lo que me refiero. En momentos como ese, uno no puede evitar pensar que esta es la profesión más bonita del mundo. Y también sentí orgullo, ¿por qué no? Un tremendo orgullo. ¡Soy un fenómeno!

A las dos horas, después de haber pasado por la sala en varias ocasiones, les comuniqué que les daba de alta. Mira hijo, comentó la madre, este médico

Filiación del autor: Servicio de Urgencias, Hospital General de Nuestra Señora del Prado, Talavera de la Reina, Toledo, España.

Autor para correspondencia: Ricardo Juárez. Hospital General de Nuestra Señora del Prado. Carretera de Madrid, km. 114. 45600 Talavera de la Reina, Toledo, España.

Correo electrónico: rjuarez@sescam.org

Información del artículo: Recibido: 14-3-2019. Aceptado: 25-3-2019. Online: 1-7-2019.

Editor responsable: Antonio Juan Pastor.

fue el que te atendió cuando tuviste el accidente. Se produjo un silencio. Al fin el joven sentenció:
¡Entonces este fue el listo que te dijo que me moría!
¡Bienvenido al mundo real!, pensé.
24/7/365. Vanidad, la justa.

Conflicto de intereses: El autor declara no tener conflictos de interés en relación al presente artículo.

Contribución de los autores: El autor ha confirmado su autoría en el

documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de los derechos a EMERGENCIAS.

Financiación: El autor declara la no existencia de financiación en relación al presente artículo.

Responsabilidades éticas: El autor ha confirmado el mantenimiento de la confidencialidad y respeto de los derechos de los pacientes en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Artículo no encargado por el Comité Editorial y con revisión por editor de sección